

RAE / Ocupará el sillón B

# Entre Borau y Baltasar Gracián

Aurora Egido, la séptima mujer en la Real Academia, reivindica en su discurso de ingreso la figura del autor de 'El Criticón' por su infatigable búsqueda de la sabiduría

ÁNGEL VIVAS / Madrid

La filóloga Aurora Egido ingresó ayer en la Real Academia, elevando con su presencia a siete el número de mujeres que se sientan en dicha institución (las otras son Ana María Matute, Carmen Iglesias, Margarita Salas, Soledad Puértolas, Inés Fernández Ordóñez y Carme Riera). Ocupará el sillón B, en el que sustituye al cineasta José Luis Borau, y que ocuparan antes Fernán Gómez o Emilio Alarcos.

El preceptivo discurso de ingreso de Aurora Egido consistió en una erudita disquisición sobre *La búsqueda de la inmortalidad en las obras de Baltasar Gracián*, tras una —también minuciosa— evocación de la persona y obra de su predecesor. Recordó que su primera noticia acerca de Borau fue por la película *Furtivos*, que le conoció en persona a través de Carmen Martín Gaité —que definía al cineasta como un solitario absoluto y feliz—, y que más tarde, en la Universidad de California en Los Ángeles, conoció a algunos extras de películas suyas como *Río abajo*. Las coincidencias vitales, que acaban en esa coincidencia del mismo sillón académico, tuvieron otro capítulo cuando Egido vivió en la misma calle zaragozana en la que había vivido Borau de joven.



Aurora Egido ayer en la Real Academia durante la lectura del discurso. / E.M.

«Sus películas y relatos son ejemplo de medida armonía, contención, claridad enigmática e independencia. Una verdadera muestra de hasta qué punto todo depende en ellos de la perspectiva», añadió acerca de la

obra de su predecesor. Entrando ya en la materia central de su discurso, Aurora Egido afirmó que las obras de Gracián «configuran una *paideia* en el sentido clásico, donde no sólo cuenta la meta perseguida sino el ca-

mino que se recorre. Y en ese sentido, el jesuita trazó desde el principio numerosos senderos estéticos y morales que confluyeron finalmente en el camino de la sabiduría representado por *El Criticón*».

Gracián, además, asumió la doble tarea de eternizar sus propias obras y también la de los héroes y autores que aparecían en ellas. Pero «la búsqueda de la inmortalidad se mezcla en Gracián con la de la felicidad y la de la fama, terminando por sustituirlas, pero además corren parejas con la búsqueda de la sabiduría, verdadero hilo conductor de todas sus obras. El jesuita fabrica con ella un auténtico ovillo de oro en el que todos los hilos, incluido el de la vida, se devanan de principio a fin».

Gracián, además, unió en sus obras la ética y la estética, ya que, para él, ser persona era también un estilo. Aurora Egido subrayó la senda humanística emprendida por Baltasar Gracián, lo que se refleja en muchos aspectos de su obra, como la secularización que hizo de los símbolos y métodos empleados por la Compañía de Jesús.

El curso de sus obras, dijo también, configura un camino de perfección educativa, presidido por la consecución prudencial de la virtud y de los méritos, donde se muestra la capacidad del hombre para alcanzar la más alta dignidad y remontar sus miserias gracias a las Humanidades.

Egido fue respondida por Pere Gimferrer, uno de los académicos que la propuso junto con Carmen Iglesias y José Ignacio Bosque. Gimferrer, además de hacer un recorrido por la obra de la nueva académica, recordó que ambos se conocieron siendo estudiantes (son prácticamente coetáneos: ella, un año más joven) en la Facultad de Letras de Barcelona.